

# LA REVOLUCION ELECTORAL

**L**A palabra técnica en la jerga electoral americana es ésta: «landslide». Un corrimiento de tierras. Se movieron las tierras y se tragaron al Partido Republicano; emergió el Demócrata. En la Cámara de Representantes (aunque no en el Senado) los demócratas sobrepasan largamente la mayoría de dos tercios, con la cual pueden saltar por encima del veto presidencial a cualquier ley. Los Estados más populosos tienen ahora gobernadores demócratas: serán ellos los que manejen las elecciones presidenciales de 1976. Se ve ya venir en ellas otro corrimiento de tierras: un Presidente demócrata con un Congreso ampliamente demócrata...

¿Qué ha ocurrido en los Estados Unidos? La palabra Watergate viene inmediatamente a la cita, y hay pruebas de que ha sido un factor electoral determinante (cuatro senadores republicanos que votaron contra el «impeachment» de Nixon han perdido sus escaños). La recesión económica (inflación, desempleo) han jugado su carta importante. También la política exterior. Con Nixon y un Kissinger recién estrenado, la carrera hacia la paz era palpable. Sobre todo en los últimos tiempos, cuando Nixon, acuciado y cercado en el interior, se iba a buscar los aplausos de los árabes y la sumisión de Europa. Ford es más rígido. Tiene la misma formación de guerrero frío que Nixon, pero no es tan político. Advenedizo, asombrado de sí mismo —de encontrarse donde está— algo que no había podido sospechar en su vida—, carece de ductilidad. Y es más manejable por el complejo militar-industrial. Y Kissinger ha perdido su prestigio, embarrado por Chile y por Chipre, incapaz de desanudar el drama del Oriente árabe...

Pero la palabra Watergate, que se da como clave esencial, tiene muchas connotaciones. No fue una pillería aislada de un Presidente que se pasó de listo, encubría un comportamiento enteramente equivoco: en sus finanzas, en los nombramientos —Embajadas por dinero—, en las evasiones de impuestos, en la obstrucción a la justicia... Era aún más: No sólo un Presidente con trucos y trampas, sino un grupo de ministros, ayudantes, secretarios, agentes de la CIA y del FBI, jueces, abogados, consejeros: era una notable porción del Partido Republicano, en los puestos de poder, el que se encontraba atrapado en la trampa. Cómplices, encubridores, sicarios...

Aun así hay que buscar todavía más allá. Lo que se ha producido en los Estados Unidos es una revolución. Watergate fue el desencadenante de un movimiento revolucionario que significaba la recupe-

ración de unos valores democráticos perdidos en muchos años, desde la muerte de Roosevelt, con el breve intervalo frustrado de la Presidencia de Kennedy. Corea y Vietnam, la difícil elevación de los negros, McCarthy, los asesinatos y magnicidios, las bombas nucleares de los enemigos designados —China y la URSS—, la descomposición de la sociedad, son algunos de los temas que condujeron a los Estados Unidos a una forma casi dictatorial de la Presidencia, lejana ya de los tiempos en que los padres fundacionales —hace ya casi doscientos años— constituyeron la organización política del país. La figura del Presidente era, en aquella intención primera, una figura patriarcal y venerable, por encima de toda sospecha, gobernando por el pueblo —y para el pueblo, y con el pueblo, como la famosa frase— a través del Congreso y de una justicia independiente. La degradación de la imagen había alcanzado ya cotas muy bajas con Johnson, se

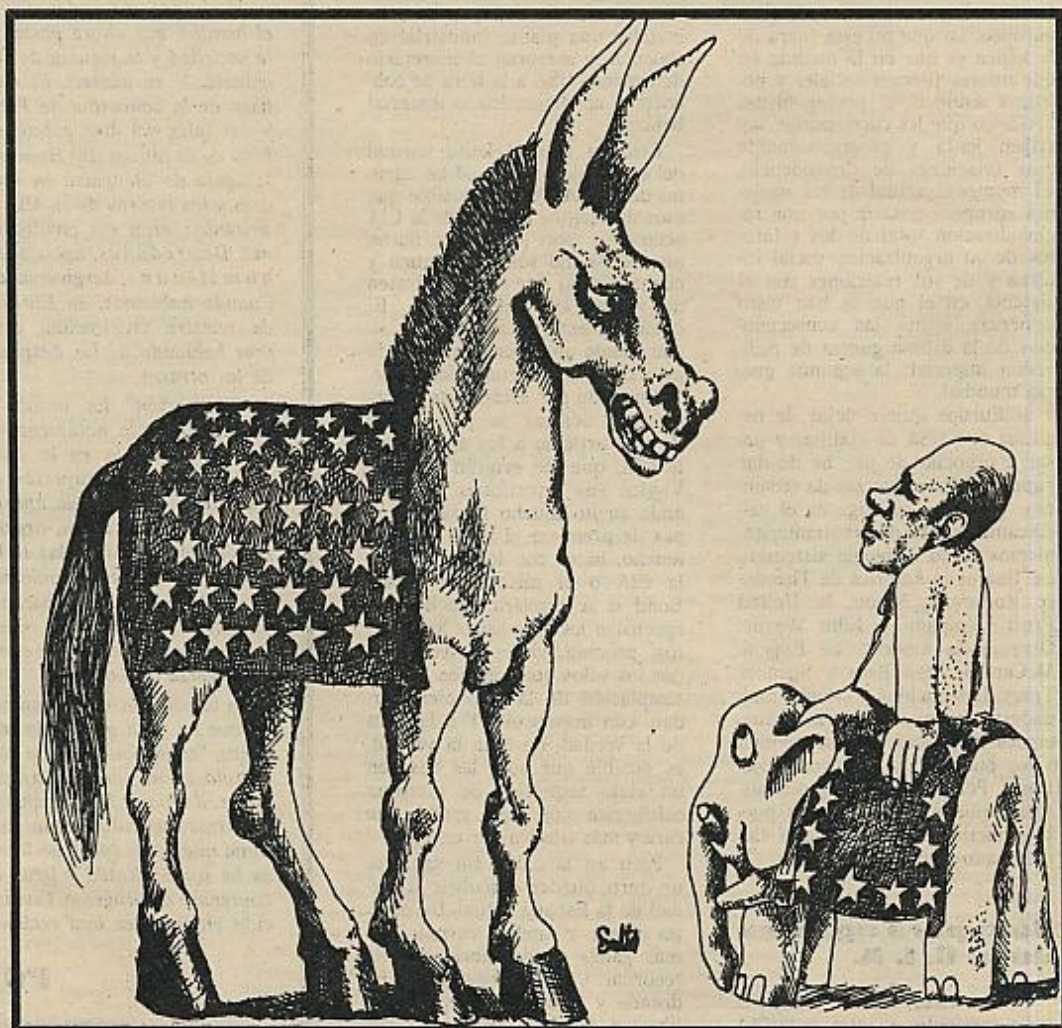
arrastró por el suelo con Nixon. En torno al tema de Watergate se produjo una revolución: la que debía devolver a los estamentos democráticos —la opinión pública expresada por la prensa, el Congreso independiente, la magistratura de la igualdad ante la ley— el terreno perdido frente a lo que se había convertido en una autocracia (dentro, naturalmente, de unos límites).

Esa revolución es la que se ha consagrado ahora en las urnas. Más que un castigo a los republicanos por su comportamiento sospechoso, más que una venganza sobre Nixon, significa la continuidad de esa revolución. Un intento de recuperación de las viejas formas democráticas arruinadas, de enlazar con lo ideal, con lo fundado. Es también una inclinación hacia la izquierda en el mismo sentido (dentro, claro, de sus peculiaridades) en que la izquierda se está rehaciendo en todos los países occidentales. Vamos a entender aquí por izquierda, para evitar equívocos,

una mayor tendencia hacia las libertades individuales de la mayoría, un mayor control de las riquezas de las minorías explotadoras, un alejamiento de los dogmas definitivos, una mayor capacidad de aceptación de la verdad de los otros.

Sin que, naturalmente, se pueda decir que esta revolución ha sido ganada, ni que vaya a ganarse nunca. En otras ocasiones mostró el pueblo americano una decisión semejante, y fue engañado después. Por ejemplo, en las elecciones de Johnson contra el «ultra» Goldwater: Johnson sería elegido, y, sin embargo, no podría —o estaba ya dispuesto a que no sucediera— cumplir el mandato para el que fue elegido. El mismo Nixon metió su cuerpo de lobo en la piel del cordero pacifista y sonriente, y sólo a tirones ha podido ser sacado de su disfraz.

No hay ninguna razón ahora para esperar grandes cosas. Ninguna para tener un concepto demasiado





El resultado de las últimas elecciones representa un intento de recuperación de las viejas formas democráticas arruinadas. El Senado y la Cámara han visto reforzado su poder a costa de la Presidencia. En la foto, Gerald Ford, con Roy Ash, director del Departamento de Dirección y Presupuesto.

distinto del Partido Demócrata que del Republicano, a no ser que del Demócrata salieron dos hombres como Roosevelt y como Kennedy, que no han sido igualados por ninguno salido del Partido Republicano, y que del Republicano salió un hombre como Nixon, que tampoco, felizmente, ha sido igualado en su ejemplo negativo por ningún Presidente de los demócratas. De esto a creer que el complejo militar-industrial va a cambiar, que los «lobbies», o grupos de presión que representan fuerzas industriales muy importantes, intereses económicos elevadísimos, van a ser menos fuertes, hay todo un largo camino que no va a ser fácil recorrer. Pero sí se puede recordar ahora que la mayor parte de leyes favorables a esos grupos han sido denodadamente combatidas en el Senado y en la Cámara por los demócratas, ya que la nueva mayoría que han alcanzado les permitirá ya de ahora en adelante que sus combates no queden sin frutos por el veto presidencial o por las argucias de un Presidente hábil en trucos.

Un punto importante hay que señalar en estas elecciones: a pesar de su importancia, no sólo actual sino futura —pueden significar la decisión en las presidenciales—, el número de abstenciones ha sido enorme. Bastante más de un sesenta por ciento de los ciudadanos incluídos en el censo han preferido abstenerse. Si todos los ciudadanos hubiesen votado, probablemente los resultados habrían sido los mismos, según los estudios y cálculos realizados. La importancia no está, por lo tanto, en el peso de la abstención, sino en su significado. La abstención no siempre representa una indiferencia; menos aún cuando asuntos graves están en juego. Puede significar una protesta o un voto negativo: en este caso, contra el sistema organizado y contra el juego de los dos partidos. En ese sentido, el progreso de la revolución electoral es aún más significativo de lo que resulta la victoria demócrata: Significa que un número importante de ciudadanos consideran igualmente perniciosos demócratas o republicanos, consideran que quienes les representen en

la Cámara o en el Senado, quienes dirijan su Estado desde el puesto de gobernador, quienes saquen adelante la política local (puesto que en estas elecciones se nombraban también cargos menores), les parecen igualmente perniciosos, o han perdido ya el grado de credibilidad que necesita tener un político. Los profesionales de la política en los Estados Unidos deberían preocuparse seriamente por esta cifra de abstenciones, que es la mayor que se ha conocido en la Historia reciente de los Estados Unidos. Restablecer la imagen del poder, la fuerza del Senado y la Cámara, es algo que debería urgir en los Estados Unidos.

Al Presidente Gerald Ford le esperan ahora dos años amargos. Ni un buen marrullero de la política del corte de Nixon —o de Humphrey, o de Johnson, por citar los más típicos— sabría salir airoso de un Congreso de este corte, de una oposición tan firme y tan organizada. Menos aún el advenedizo Ford, que ni siquiera ha sido elegido para ese cargo y no puede presumir —como podía Nixon— de haber sido elegido para el cargo por una importantísima mayoría del pueblo. Ford ha aportado a la Casa Blanca una honestidad que nadie le discute y que era necesaria, pero ha comenzado a desgastar inmediatamente el capital de popularidad que su solo nombre produjo: El indulto de Nixon y el mantenimiento de la persecución de los otros implicados en el Watergate le han hecho aparecer atrabiliario; ese mismo indulto, al mismo tiempo que apenas suavizaba las condiciones de los prófugos de Vietnam, le ha dado un semblante más injusto. Las disposiciones económicas no han gustado a nadie; a unos por excesivas, a otros por cortas.

La revolución que se inició con el escándalo del Watergate ha dado un paso más, y un paso muy importante. Pero no es el definitivo. Cabe la esperanza de que en los dos años próximos, los poderes constituidos comprendan el sentido de votaciones y abstenciones —y el del «impeachment»—, y se decidan a innovar un país que está cansado de su vieja máscara. ■

